

NOVENA PREPARATORIA A LA SOLEMNIDAD DE PENTECOSTÉS



Se comienza con la siguiente oración:

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor.

- Envía, Señor, tu Espíritu y serán creadas las cosas.
- Y renovarás la faz de la tierra.

Oremos: Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, danos el gustar todo lo recto según el mismo Espíritu y gozar siempre de su consuelo. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

Luego se hace la lectura correspondiente a cada día, tomada de los escritos de San Alfonso María de Liguorio. Es recomendable hacer unos minutos de meditación de la lectura. Se termina con un canto o himno al Espíritu Santo.

Himno: Veni, Creátor Spíritus

Traducción de Francisco Luis Bernárdez.

Ven del seno de Dios, oh Santo
Espíritu,
a visitar las mentes de tus fieles,
y haz que los corazones que creaste
se llenen con tus dádivas celestes.

Tú eres, con el nombre de Paráclito,

el altísimo don de Dios altísimo,
y caridad y fuego y viva fuente
y espiritual unción para tus hijos.

Tú que eres beneficio septiforme,
índice de la diestra soberana,
prometido del Padre sempiterno,

generoso dador de la Palabra.

Aclara con tu luz nuestros sentidos,
infunde tu hondo amor en nuestros
pechos,
y fortalece con tu eterno auxilio
la flaqueza carnal de nuestros cuerpos.

Repele con tu ardor al enemigo,
y danos la paz sin más demora,
sé nuestro guía para que podamos
evitar los peligros que nos rondan.

Haz que por tu intermedio conozcamos
al Padre y a su Hijo Jesucristo,
y que creamos, hoy y en todo tiempo,
en Ti que eres de entrambos el Espíritu.

Gloria sin fin al Padre y, con el Padre,
al Hijo, resurgido de la muerte,
y al Espíritu Santo que los une
desde siempre, por siempre y para
siempre.

Amén.

Veni Sancte Spíritus

Ven, Espíritu Santo
y envía desde el cielo
un rayo de tu luz.

Ven, Padre de los pobres,
ven a darnos tus dones,
ven a darnos tu luz.

Consolador lleno de bondad,
dulce huésped del alma,
suave alivio de los hombres.

Tú eres descanso en el trabajo,
templanza en las pasiones,
consuelo en el llanto.

Penetra con tu santa luz
en lo más íntimo
del corazón de tus fieles.

Sin tu ayuda divina
no hay nada en el hombre,
nada que sea inocente.

Lava nuestras manchas,
riega nuestra aridez,
cura nuestras heridas.

Suaviza nuestra dureza,
elimina nuestra frialdad,
corrige nuestros desvíos.

Concede a tus fieles,
que confían en Ti,
tus siete dones sagrados.

Premia nuestra virtud,
Salva nuestras almas,
Danos la eterna alegría. Amén.

Lectura para el viernes:

El amor es fuego que inflama

Mandó Dios en la antigua Ley que continuamente ardiese fuego en su altar. En mi altar -leemos en el Levítico- arderá siempre fuego¹. Dice sobre esto San Gregorio que los altares de Dios son nuestros corazones, en los cuales quiere Él que esté siempre encendida la llama de la divina caridad. Por esto, no contento el Eterno Padre con habernos dado a Jesucristo, su Hijo, para que con su muerte nos salvase, pasó más adelante, y nos dio también al Espíritu Santo, para que habitase en nuestras almas y las encendiese con inextinguibles llamas de caridad. Y el mismo Cristo testimonia que para esto cabalmente vino al mundo, para poner este santo fuego en nuestros corazones, y que no desea otro bien que verlos así encendidos y abrasados.: Yo he venido a poner fuego en la tierra; y ¿qué he de querer sino que arda?². Y lo deseaba tanto, que, olvidándose de las injurias e ingratitudes que en la tierra había recibido, apenas subió al Cielo, luego nos envió al Espíritu Santo. ¿Conque es cierto, ¡oh Redentor amadísimo!,

¹ Lv 6,12.

² Lc 12,49.

que Tú siempre me has amado, lo mismo en los dolores e ignominias que en las alegrías de tu gloria?

Esta fue la causa por que quiso el Espíritu Santo aparecer en el cenáculo en formas de lenguas de fuego: Y vieron aparecer unas como lenguas de fuego, que se repartieron y se asentaron sobre cada uno de ellos³. Por esto pone la Iglesia en nuestros labios la siguiente oración: "Te rogamos, Señor, que el Espíritu Santo nos abrasa con aquel fuego que Jesucristo vino a poner en la tierra y que con tanta vehemencia desea ver encendido". Este es aquel fuego que abrasó a los santos y los movió a hacer grandes cosas por Dios: a amar a los enemigos, a desear los desprecios, a despojarse de todos los bienes terrenos y abrasar con alegría aun los tormentos y la muerte. Que el alma que ama a Dios, cuanto más hace por el Amado, más desea hacer para darle gusto en todo y ganarse más su cariño y voluntad.

En la oración mental es donde este santo fuego prende en nuestras almas, como dice el real Profeta: En mi meditación se encendían llamas de fuego⁴. Por tanto, si deseamos arder en llamas de amor a Dios, amemos la oración, que ella es el horno felicísimo en el cual se inflaman los incendios de la divina caridad.

Afectos y peticiones

Dios mío, hasta ahora nada he hecho por Ti, que tan grandes cosas has hecho por mí. ¡Ay de mí!, que ya mi excesiva tibieza te está excitando a vomitarme. ¡Oh Espíritu Santo!, fove quod est frigidum: calienta lo que está frío; líbrame de esta frialdad, y enciende en mí un gran deseo de darte gusto. Desde ahora renuncio a todos los placeres míos, y escojo la muerte antes de darte la más mínima pesadumbre. Y ya que apareciste a mis ojos en forma de lenguas de fuego, te consagro mi lengua para que no te vuelva a ofender jamás. Tu me la diste, Dios mío, para alabarte, y yo me he servido de ella para ultrajarte y aun para obligar a los demás a que te ofendieran. ¡Ah!, por el amor de Jesucristo, que durante la vida tanto te honró con su lengua, haz que desde este momento te honre yo con la mía, cantando tus alabanzas, invocándote a menudo en mi ayuda y hablando de tu bondad y del amor infinito que mereces. Te amo, mi sumo Bien; te amo, Dios de amor. ¡Oh María, Tú, que eres la Esposa predilecta del Espíritu Santo, alcázame este divino fuego!

Lectura para el sábado:

El amor es luz que ilumina

Uno de los mayores males que nos trajo el pecado de Adán fue dejar oscurecida la razón, desencadenando las pasiones, que ofuscan nuestra mente. ¡Desgraciada el alma que se deja dominar por alguna pasión! La pasión es una nube, un velo que nos impide ver la verdad; y esa oscuridad va creciendo a medida que van creciendo también los pecados. Pues, ¿cómo podrá huir el mal el que no lo conoce? Sólo el Espíritu Santo, que se llama luz beatísima, es el que con sus divinos resplandores no solamente inflama nuestros corazones en el amor santo, sino que, además, disipa esas tinieblas, y con su luz nos hace conocer la vanidad de los bienes terrenales, el valor de los eternos, la importancia de la salvación, la excelencia de la gracia, la bondad de Dios y el amor infinito que merece por el amor inmenso que nos tiene. El hombre animal -escribe san Pablo- no puede alcanzar las cosas que son del Espíritu de Dios⁵.

Que fue decir: "El hombre encenagado en los placeres, muy poco entiende de las verdades sobrenaturales; y así, el insensato ama lo que debiera odiar, y odia lo que

³ Hch 2,3.

⁴ Sal 38,4.

⁵ 1 Co 2,14.

debiera amar". Por eso exclamaba Santa María Magdalena de Pazzis: "¡Oh amor no conocido, oh amor no amado!" Y Santa Teresa repetía lo mismo: que Dios no es amado porque no es conocido. Esta lumbre celestial es la que no se cansaban de pedir a Dios los santos, repitiendo sin cesar: "Luz, Señor, luz. Envíanos tu luz⁶, alumbrá nuestras tinieblas⁷, abre nuestros ojos⁸. Y con razón, pues sin esta claridad del Cielo no podemos evitar los precipicios ni encontrar a Dios.

Afectos y peticiones

Creo, ¡oh santo y divino Espíritu!, que eres verdadero Dios, pero un solo Dios con el Padre y el Hijo. Te adoro y reconozco como dador de todas las lumbres con las cuales me has hecho conocer el mal que he cometido ofendiéndote y la obligación que tengo de amarte. Te lo agradezco, y sumamente me arrepiento de haberte ofendido. Merecía que me dejases envuelto en mis tinieblas; mas veo que aún no me has abandonado. Sigue, eterno Espíritu, iluminándome; vea yo con tu luz y conozca tu divina bondad, y dame fuerza para amarte en lo venidero con todo mi corazón. Añade gracia a gracias para que quede suavemente preso y obligado a no amar nada fuera de Ti. Te lo pido por los méritos de Jesucristo. Te amo, mi sumo Bien, Te amo más que a mí mismo. Quiero ser todo tuyo; acéptame, y no permitas que me vuelva a separar de Ti. ¡Oh María, Madre mía, ampárame siempre con tu intercesión!

Lectura para el domingo:

El amor es agua que apaga la sed

Se llama también al amor fuente viva. Así lo canta la Iglesia: Fuente viva, fuego, caridad. Y nuestro Redentor, hablando con la Samaritana, dijo también: Quien bebiere del agua que Yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed⁹. El amor es agua que apaga la sed; porque el que a Dios ama con verdadera caridad, nada más busca ni desea, pues en Dios halla todo bien. Y así, contento con Dios, va siempre repitiendo regocijado: "Dios mío y mi todo". Dios mío, Tú eres todo mi bien. Con razón, pues, se queja el Señor de tantas almas que van mendigando sucios y breves deleites en las criaturas, y le dejan a El, que es bien infinito y fuente de toda alegría. Me han abandonado a Mí, fuente de agua viva - así se lamentaba por Jeremías-, y se cavaron aljibes, aljibes rotos, que no pueden retener las aguas¹⁰. Por eso el Señor, que nos ama y desea vernos felices, levanta la voz y nos grita a todos: Si alguno tiene sed, venga a Mí¹¹. Que fue decir: el que desea ser feliz, venga a Mí, que Yo le llenaré del Espíritu Santo, que le hará bienaventurado en ésta y en la otra vida. Y prosigue hablando Jesucristo: Del seno de aquel que cree en Mí manarán, como dice la Escritura, ríos de agua viva¹². Lo cual significa: El que cree en Jesucristo y le ama, será enriquecido con tantas gracias, que de su corazón, esto es, de la voluntad, de lo más hondo del alma, rebosarán tantas fuentes de santas virtudes, que no solamente bastarán para conservar la propia vida espiritual, sino también para comunicársela a los demás. Y que esta agua sea cabalmente el Espíritu Santo, el amor sustancial que Jesucristo prometió mandarnos del Cielo después de su Ascensión, lo declara el mismo Evangelista: Esto lo dijo por el Espíritu Santo que habían de recibir

⁶ Sal 42,3.

⁷ Sal 117,29.

⁸ Sal 118,18.

⁹ Jn 4,13.

¹⁰ Jr 2.

¹¹ Jn 7,37.

¹² Jn 7,38.

los que creyesen en El; pues aún no se había comunicado el Espíritu Santo, porque Jesús todavía no estaba en su gloria¹³.

La llave que nos abre los canales de esta agua benditísima es la santa oración, con la cual alcanzamos todo bien, como el mismo Cristo lo prometió: Pedid y recibiréis¹⁴. Somos por nosotros mismos ciegos, pobres y flacos; mas la oración nos alcanza luz, fortaleza y las riquezas todas de la gracia. Así pudo decir Teodoreto: "Una es la oración; pero lo puede todo. El que ruega, recibe cuanto desea; pues Dios quiere darnos sus gracias, pero por medio de la oración".

Afectos y peticiones

Jesús mío, te rogaré con la Samaritana: dadme esta agua¹⁵; dame a beber el agua de tu amor, y para que me haga olvidar la tierra y vivir sólo para Ti, amabilidad infinita. Riega lo que está seco. Mi alma es tierra seca que no produce más que abrojos y espinas de pecados; inúndala con los caudales de tu gracia, para que dé frutos de gloria antes que la muerte la arranque de este mundo. ¡Oh fuente de aguas vivas! ¡Oh fuente de sumo bien, cuántas veces te he dejado y me fui a beber el cieno de esta tierra, que me privó de tu amor! ¿Por qué no morí antes de ofenderte? En lo venidero, a Ti sólo me propongo buscar. ¡Dios mío, socórreme y haz que te sea fiel! ¡María, esperanza mía, cobíjame bajo tu manto!

Lectura para el lunes:

El amor es rocío que fecundiza

Así cabalmente nos lo enseña la Iglesia, la cual en una oración nos hace decir: "Que la infusión del Espíritu Santo purifique nuestros corazones, y los fecundice con la lluvia interior de su rocío". El amor, en efecto, engendra los buenos deseos, los propósitos santos y las obras virtuosas de las almas, que son las flores y los frutos que produce la gracia del Espíritu Santo.

Se dice también que el amor es rocío, porque templar los ardores de los malos apetitos y de las tentaciones, y en este sentido llama la Iglesia al mismo Espíritu Santo "sombra y refrigerio".

Pues, y ¿cuándo desciende sobre nosotros este celestial rocío, sino en el tiempo en que nos damos a la oración? Basta un cuarto de hora de oración para calmar toda pasión de odio o de amor desordenado, por ardiente que sea. Dice la Esposa de los Sagrados Cantares: "Me introdujo el rey en la bodega en que tiene el vino, y ordenó en mí el amor"¹⁶; donde por esta misteriosa bodega se entiende místicamente la meditación, en la cual aprendemos a amar ordenadamente al prójimo como a nosotros mismos y a Dios sobre todas las cosas. El que a Dios ama, ama la oración; y el que la oración no ama, es moralmente imposible que venza sus pasiones.

Afectos y peticiones

¡Oh santo y divino Espíritu! Ya no quiero vivir más para mí; los días que me quedan de vida deseo consagrarlos todos a amarte y complacerte.

Por esto te suplico me concedas el don de la oración. Desciende Tú mismo a mi corazón, y enséñame allí a hacerla como es obligación. Dame fortaleza para no abandonarla por tedio en días de sequedad espiritual; dame el espíritu de oración, esto es, la gracia de estar siempre rogándote y dirigiéndote aquellas oraciones que más gratas sean a tu divino Corazón. Perdido estaba por mis pecados; mas ya veo, por la finezas de

¹³ Jn 7,39.

¹⁴ Jn 16,24.

¹⁵ Jn 4,15.

¹⁶ Ct 2,4.

amor que me has prodigado, que me quieres salvo y santo, y yo quiero hacerme santo para darte este gusto y para amar tu infinita bondad. Te amo, mi sumo Bien, mi amor , mi todo, y porque te amo, a Ti me doy enteramente.

¡Oh María, esperanza mía, protégeme!

Lectura para el martes:

El amor es reposo que recrea

Se llama también al amor, como canta la Iglesia, descanso en el trabajo, en el llanto solaz. Es el amor descanso que recrea, porque es propiedad muy principal del amor unir la voluntad del amante con la del amado. Y así el alma que ama a Dios en la injurias que recibe, en los dolores que padece, en todos los daños que le suceden, piensa que es voluntad del Amado que pase por estos males, y luego al punto con este pensamiento: *Dios así lo quiere*, halla paz y contento en todas las tribulaciones. Esta es aquella paz de Dios, de la cual dice el Apóstol que excede todos los placeres de los sentidos¹⁷. Santa María Magdalena de Pazzis, solamente con decir voluntad de Dios, se sentía llena de alegría.

En esta vida cada cual tiene que llevar su Cruz; pero dice muy bien Santa Teresa que la Cruz es dura y pesada sólo para el que la arrastra, y no para el que con amor la abraza. De esta manera sabe el Señor al mismo tiempo herir y sanar, como dijo Job: *Hiere y cura con sus manos*¹⁸. El Espíritu Santo es el que con su unción suavísima torna dulces y amables aun la ignominias y los tormentos. Así sea, Señor, por haber sido de tu agrado que fuese así¹⁹. Esto dijo Cristo, y esto mismo debemos repetir nosotros en todas las adversidades que nos sucedan. Y cuando nos espante el temor de algún mal temporal que puede venir sobre nosotros, no nos cansemos de decir: "Haz, Señor, lo que quieras, que desde ahora lo acepto todo". Y aun es muy útil que durante el día repitamos a menudo este mismo ofrecimiento a Dios, como lo hacía Santa Teresa.

Afectos y peticiones

¡Ah Dios mío! ¡Cuántas veces, por hacer mi voluntad, me he opuesto a la tuya y la he despreciado! Me duelo de esta maldad más que de ningún otro mal. Señor, desde hoy quiero amarte con todo mi corazón: Habla, Señor, que tu siervo escucha. Dime lo que de mí quieres, que yo quiero hacerlo todo. Tu voluntad será mi único deseo, el único amor mío. Ayuda, Espíritu Santo, mi flaqueza. Tú eres la misma bondad; ¿cómo, pues, puedo amar otra cosa que a Ti? Lleva mis afectos todos con la dulzura de tu santo amor. Todo lo dejo para darme del todo a Ti; acéptame y socórreme.

¡Oh Madre mía, en Ti confío!

Lectura para el miércoles:

El amor es virtud que da fortaleza

El amor es fuerte como la muerte²⁰. Así como no hay fuerza creada que resista a la muerte, así para el amante no hay dificultad que no venza con su amor. Cuando se trata de complacer al amado, el amor lo sufre todo: pobreza, desprecio, dolores..."No hay cosa tan dura, que con el fuego del amor no se ablande", dice San Agustín. No hay señal más segura para conocer si un alma ama verdaderamente a Dios que ver si permanece fiel en el amor, lo mismo en los casos prósperos que en los adversos; que, como decía

¹⁷- Flp 4,7.

¹⁸- Jb 5,18.

¹⁹- Mt 11,25.

²⁰ Ct 8,6.

San Francisco de Sales, "tan amable es el Señor cuando nos consuela como cuando nos azota, pues todo lo hace por amor"; y aun podemos decir que cuanto más nos castiga en esta vida, prueba es de que más nos ama. Por más feliz reputaba San Juan Crisóstomo a San Pablo cargado de cadenas que arrebatado al tercer cielo.

Por esto los mártires, en medio de los tormentos, no cabían en sí de gozo. Esto de padecer por su amor lo estimaban ellos por el mayor de los beneficios, y así de le daban por ello gracias señaladísimas. Y los demás Santos, ya que les faltaron tiranos que les atormentasen, ellos mismos fueron sus verdugos, y se mortificaron con penitencia para dar gusto a Dios: que "quien ama no sufre, o si sufre, el mismo sufrir lo ama", como dice San Agustín.

Afectos y peticiones

¡Oh Dios del alma mía, digo que te amo! Mas ¿qué hago por tu amor? Nada; bien segura señal de que no amo, o te amo harto poco. Envíame, Jesús mío, al Espíritu Santo; que venga sobre mí, y me dé fuerza para padecer por amor tuyo y hacer por Ti alguna cosa antes que la muerte me sorprenda. No permitas, amado Redentor mío, que muera tan tibio e ingrato como hasta aquí he sido. Dame ánimos para amar el padecer, después de haber merecido con mis pecados el infierno. ¡Oh Dios mío, todo bondad y todo amor! Tú deseas habitar en esta alma mía, de la cual tantas veces te he arrojado; ven ahora, hábitala, poséela, sea toda tuya. Te amo Señor mío; y pues te amo, ya vives dentro de mí, como lo asegura San Juan: El que permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él²¹. Ahora, pues, que ya estás conmigo, aumenta las llamas, aumenta las cadenas, para que no busque ni ame a nadie fuera de Ti, y que así unido quede, sin separarme jamás de tu amor. Quiere ser tuyo, Jesús mío, y todo tuyo. ¡Oh Reina y abogada mía, María, alcánzame el amor y la perseverancia!

Lectura para el jueves:

El amor hace que Dios habite en el alma

Es llamado el Espíritu Santo huésped del alma: Dulce huésped del alma, canta la Iglesia. Esta es la gran promesa que Jesucristo hizo a todo el que ama, cuando dijo: Si me amáis, observad mis mandamientos, y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador para que esté con vosotros eternamente²². Porque el Espíritu Santo no abandona jamás a un alma si no es antes por ella abandonado.

Habita, pues, Dios en el alma que le ama; pero nos declara que no está contento si no le amamos con todo nuestro corazón. Del senado romano escribe San Agustín que no quiso poner a Jesucristo en el número de los dioses, porque decía que era un Dios soberbio que quería ser adorado Él solo. Y es así, que nuestro Dios no quiere rivales en el corazón que le ama; quiere estar solo y ser Él solo amado, y si por ventura ve que no es el único objeto del amor, envidia (digámoslo así, como San Jerónimo) a aquellas criaturas que tienen parte en el afecto de ese corazón. Así lo dice expresamente el Apóstol Santiago: ¿Pensáis, acaso, que sin motivo dice la Escritura: El Espíritu de Dios que habita en vosotros os ama y codicia con celo?²³. Que quiere decir, en suma -escribe San Jerónimo- , que Jesucristo es celoso. Por esto el celestial Esposo alaba al alma que, como tortolilla, vive solitaria y escondida en el mundo: Lindas, como de tórtola, son tus mejillas²⁴. Y ensalzando a la mística esposa, la llama huerto cerrado: Huerto cerrado eres, hermana y esposa mía; porque ha de ser huerto cerrado a todos los amores terrenales. Pues ¿por ventura no merece Jesucristo todo nuestro amor? Responde el

²¹ 1 Jn 4,16.

²² Jn 14, 15-16.

²³ St 4,5.

²⁴ Ct 1,9.

Crisóstomo: "Todo entero se dio; para Sí no reservó nada". Dio la sangre y la vida; no tiene otra cosa que darnos.

Afectos y peticiones

¡Ah!, comprendo, Dios mío, que me quieres todo para Ti. ¡Cuántas veces te he arrojado de mi alma! Mas Tú siempre has tornado a unirme a mí. Toma ahora posesión de todo mi ser. Hoy a Ti me entrego enteramente; acéptame, Jesús mío, y no permitas que en lo venidero viva yo un solo instante privado de tu amor. Tú me buscas a mí, y yo sólo a Ti busco; amas mi alma, y mi alma te ama a Ti sólo; Tú me amas y yo te amo. Pues ya que me amas, encadénate conmigo, para que ya no te pueda abandonar. ¡Oh Reina del Cielo, en Ti confío!

Lectura para el viernes:

El amor es lazo que une

Así como el Espíritu Santo, que es el Amor increado, es el lazo indisoluble que une al Padre con el Verbo Eterno, así ese mismo Espíritu une al alma con Dios. "La caridad -son palabras de San Agustín- es una virtud que nos une con Dios". Por esto exclamaba lleno de gozo San Lorenzo Justiniano: "¡Oh caridad, cuán fuertes son tus vínculos, pues has llegado a enlazar a Dios con nuestras almas!". Los lazos del mundo son lazos de muerte; mas los lazos de Dios son lazos de vida y salvación, como testimonia la Escritura: Sus ataduras son venda saludable²⁵, porque los lazos de Dios son el amor que nos une apretadamente con Él, nuestra verdadera y única vida.

Antes que Jesucristo viniese al mundo, huían los hombres de Dios; estaban abrazados con los bienes terrenales y se negaban a juntarse con su Dios. Pero el amantísimo Señor los atrajo a Sí con lazos de amor, como lo prometiera el profeta Oseas: Yo los atraeré hacia Mí con vínculos propios de hombres, con los vínculos de la caridad²⁶. Estos vínculos son todos los beneficios, las luces, las voces interiores con que nos llama a su amor, las promesas del paraíso y, más que todo, el don que nos hizo de Jesucristo en el sacrificio de la Cruz y el Sacramento del altar; y, finalmente, la comunicación del Espíritu Santo. Razón, pues, tenía el Profeta para exclamar: Sacude de tu cuello el yugo, ¡oh esclava hija de Sión!²⁷. ¡Oh alma, que has sido criada para el Cielo, rompe esas cadenas que te aprisionan a la tierra, y abrázate a Dios con los lazos del amor! Tened caridad -repetía el Apóstol-, que es el vínculo de la perfección²⁸. Quiso decir que la caridad es vínculo que une consigo todas las virtudes y hace al alma perfecta... Por eso decía San Agustín: "Ama a Dios y haz lo que quieras"; porque, en verdad, el que ama a Dios procura evitar aun los menores disgustos del amado, y sólo busca en todas las cosas complacerlo.

Afectos y peticiones

Carísimo Jesús mío, ¡harto me has obligado a amarte, harto te ha costado mi amor! Por demás ingrato sería si yo te amase poco y dividiese mi corazón entre las criaturas y Tú, que diste por mí la sangre y la vida. Quiero desprenderme de todo; a Ti sólo deseo consagrar los afectos todos de mi alma. Débil soy para llevar a cabo este deseo mío; mas ya que Tú me lo has dado, dame también fuerza para cumplirlo. Hiere, amadísimo Jesús mío, mi pobre corazón con el dardo suave de tu amor; que a Ti solo busque, por Ti solo suspire, a Ti solo encuentre siempre, Jesús mío; a Ti sólo ame y nada más. Haz que en vida, y especialmente en el trance de la muerte, lo repita siempre: "A Ti solo y nada más".

²⁵ Sir 6,31.

²⁶ Os 11,4.

²⁷ Is 52,2.

²⁸ Col 3,14.

¡Oh María, Madre mía, haz que de hoy en adelante no ame más que a Dios!

Lectura para el sábado:

El amor es tesoro de todo bien

Es el amor aquel tesoro del cual dice Jesucristo en su Evangelio que hay que venderlo todo para comprarlo. Y es así porque el amor nos hace participantes de la amistad de Dios. Es tesoro infinito para los hombres - leemos en el Libro de la Sabiduría-, que a cuantos se han valido de él los ha hecho partícipes de la amistad de Dios²⁹. "¡Oh hombre! -clama San Agustín-, ¿vas buscando bienes? Busca sólo al Bien en el cual están todos los bienes". Mas a Dios no le podemos hallar mientras no abandonemos las cosas terrenales. Así escribe Santa Teresa: "Desprende el corazón de las criaturas, y hallarás a Dios". El que halla a Dios, halla cuanto podía desear, como cantó el Real Profeta: Cifra tus delicias en el Señor, y te otorgará cuanto desea tu corazón. Va buscando el corazón humano bienes que le puedan hacer feliz; mas en vano los busca en las criaturas; por grandes que sean, nunca quedará contento; mas si no ama mas que a Dios, Dios colmará todos sus deseos.

¿Quienes, sino los santos, son los más felices en este mundo?

Y ¿por qué? Porque sólo aman y buscan a Dios. De un príncipe se cuenta que, yendo de caza, vió a un solitario que vagaba por la selva, preguntó qué hacía por aquellas soledades, y el solitario le respondió: "Y Tú, príncipe, ¿qué vas buscando por aquí?" -Yo, replicó el príncipe, voy a caza de animales. -Pues bien, concluyó el ermitaño, yo voy a caza de Dios". Del mártir San Clemente leemos también que, como el tirano le ofreciese oro y piedras preciosas para que renegase de Jesucristo, lanzó un profundo suspiro, y exclamó: "¡Ay de mí, un Dios comparado con un poco de lodo!".

Bienaventurados aquellos que conocen este tesoro del divino amor y se afanan por conseguirlo. El que lo consigue, se despoja de todo, y sólo se queda con Dios. "Cuando la casa se quema -decía con gracia San Francisco de Sales-, se tiran los muebles por la ventana". Y el Padre Pablo Sñeri *el joven*, gran siervo de Dios, solía decir que el amor es ladrón que nos despoja de todos los afectos terrenos, hasta que con verdad podemos decir: "Teniéndote a Ti, Señor mío, ¿qué otra cosa puedo desear?".

Afectos y peticiones

Dios mío, en lo pasado no te he buscado a Ti; me busqué a mí mismo y mis propias satisfacciones, y por esto te volví las espaldas, mi sumo Bien. Pero me consuelan aquellas palabras del profeta Jeremías: Bueno es el Señor para el alma que le busca³⁰. Amado Señor mío, reconozco el mal que he hecho dejándote a Ti, y con todo mi corazón me pesa. Comprendo ahora que eres infinito tesoro; no permitas que abuse de esta luz; lo dejo, pues, todo, te amo, te deseo, y sólo suspiro por Ti. ¡Ah, Espíritu Santo!, ven, y con tu fuego consume todo afecto que no sea para Ti. Haz que yo sea todo tuyo, y lo domine todo para darte gusto. ¡Oh abogada y Madre mía, María, ayúdame con tus oraciones!

²⁹ Sb 7,14.

³⁰ Lm 3,25.